

Fuegos y biodiversidad

Fires and biodiversity

Yuri Carvajal B.¹

Los conejos y la propagación de incendios fueron parte del comidillo de los incendios. Si fuésemos tupí, la relación animalidad y fuego nos habría parecido digna de una conversación nocturna alrededor precisamente de una hoguera. Si el yagareté según cuentan los tupinambás dio el fuego a los humanos, ¿por qué no podrían ser los conejos los diseminadores de los incendios?

Pero hemos perdido a tal punto la fuerza mítica que nos anclaba a la tierra y la hermandad con todos los seres vivos, que esta lección de íntima conexión de biodiversidad con fuego no ha de ser desperdiciada. Sobre todo en tiempos en que el fuego propagado por las máquinas ha producido un calentamiento global asociado a una extinción masiva de proporciones geológicas.

A fines de diciembre, Viña del Mar alto, entre Rodelillo y Las Palmas vivió un incendio que durante tres días concitó atención por propagarse hacia zonas de vivienda, de conformación irregular, damnificados, heridos y dos muertos.

En febrero de este año las vacaciones del Presidente y varios miembros de su gabinete se vieron interrumpidas por otro incendio que se inició el día 2 y que por tres semanas demandó un esfuerzo concentrado.

El debate sobre causas violó los sagrados límites de la trivialidad, incorporando a estos leporinos animales, minorías étnicas y casos de salud mental. Pero su errancia no alcanzó a llegar a cambio climático, calentamiento global ni mucho menos, Antropoceno.

Hoy el debate está silenciado y volvemos a la normalidad de impuestos, Isapres y delitos. El fuego aparentemente ha abandonado la escena política relevante, por más que en la vida cotidiana iniciemos el día con una ignición y nos vayamos a dormir, con un último fuego. En esa familiaridad lárca, ¿Por qué nuestros territorios no habrían de incendiarse repetidamente?

Occidente creció bajo el fuego solar. Prometeo subió a los cielos a robarlo y Zeus lo descargaba como signo de ira. En América, el fuego mítico tiene una trayectoria más horizontal. Los jaguares con sus ojos chispeantes han dado el fuego a sus hermanos humanos. Los mitos americanos no confunden las fisiones solares con fuego y saben que se trata de un asunto más bien terrestre y por sobre todo vegetal. Que el frote de las ramas enciende los leños, sobre todo cuando se animan con soplidos, plumas y hongos secos.

El fuego vive en el planeta hace 500 millones de años, hay restos de incendios desde el silúrico y hasta ahora somos una excepcionalidad cósmica, porque las llamas nacen de las grandes moléculas de la fotosíntesis y de la peculiar condición de oxigenación del planeta, surgida precisamente de esa fotosíntesis. El fuego es plenamente vegetal. Sin la anómala concentración de 21% de oxígeno en la atmósfera, no hay oxidación sostenible en forma de llamarada.

Los orígenes míticos y fotosintéticos del fuego se tornan anecdóticos, cuando el pensamiento busca apagarlo con millonarias máquinas térmicas. Es como si en estos incendios la única emoción fuera la humana y los únicos afectados, empresas, familias y mascotas.

Los incendios repetidos y multiplicados no son parte de un esfuerzo interpretativo. Se clausuran como accidentes, azarosos o malintencionados.

El fuego es un gran aplanador. Un reductor de diversidad. Una herramienta entrópica. Así lo reconocieron los pensadores de la termodinámica, haciendo de las calderas un objeto filosófico y acuñando la expresión entropía, una figura de tanta potencia metafórica como el río de Jorge Manrique o los huracanes de Fernando Ortiz.

¹ Director Editor Cuadernos Médico Sociales. Correspondencia a: ycarvajal61@gmail.com

El fuego destruye proteínas y fibras de celulosa, acorrala bestias en pastizales. En manos del indio pichijuan destruye la selva de Melipulli, deforesta Aysen. Funde el cobre en Catemu dejando de los temas sólo el nombre.

Pero el fuego de carbón mineral lleva este efecto a un nivel trastornante. Genera un mundo industrial, desata la cuestión social, hace nacer el movimiento obrero. Da a Inglaterra la supremacía mundial, unifica el comercio mundial con la *steam navigation*, abre el canal de Panamá, llena de *chemins du fer* todo el planeta, logra dar la vuelta al mundo en menos de 80 días bajo el nombre de Nelly Blye.

Las máquinas de vapor multiplican la caza de ballenas pues requieren aceite para lubricar su funcionamiento. Atacan a los bosques mediante los locomóviles, destruyendo pájaros, insectos, mamíferos y lagartijas. Las papas transportadas a toda velocidad por el vapor, garantizan la sobrevivencia transatlántica de *Phytophthora infestans* que contaminará los cultivos de Irlanda con su devastador efecto entrópico de hambre.

El fuego de las calderas alimentadas por carbón desencadena los ímpetus republicanos decimonónicos y activa el movimiento socialista. Produce el pensamiento económico de Walter Jevons y la paradoja que lleva su nombre. Jevons tiene además el mérito de ser un economista que considera al sol en la génesis de los ciclos económicos.

Ya a fines del siglo XIX los fuegos del petróleo, en el motor de explosión, despliegan una oleada que trastorna las batallas cambiando caballos por tanques, los tractores generan el *dust bowl*, la aviación inventa los bombardeos y el automóvil produce un equilibrio socio-político que bien ha sido llamado fordismo.

Desde fines de los años 50 somos conscientes de que esos fuegos no sólo nos abruman con su ruido, sus COVs o ciertas asociaciones espúreas como el plomo, si no que se asocian a un

calentamiento global por el efecto invernadero de crecientes concentraciones atmosféricas de dióxido de carbono, ceniza molecular del fuego de los hidrocarburos.

Constatado el desbande de los combustibles fósiles, hemos llevado esta cuestión hasta la ONU y generado reuniones anuales (COPs), con poco efecto. La cifra actual de CO2 es 421 ppm. Puedo decir que nació el 317, es decir en el mes y el año en que esa era la concentración atmosférica de CO2 en Mauna Loa.

El fuego como buen agente entrópico aplana todo. Homogeniza y reduce la biodiversidad. No es una simple variante de la palabra usada en la colonia y la república para tratar de los pueblos originarios: reducir los indios a población. Censarlos en las reducciones, evangelizarlos en la reducción. Misma operación entrópica, posibilitada por el fuego en los *steam navigation*.

¿Cómo tratar entonces con un agente de tanta potencia sin que se vuelva un monstruo que amenace los fundamentos mismos de la existencia humana en el planeta?

Hasta ahora aquellas comunidades que han logrado sostener fuegos, humos y entropía, sin producir trastornos de escala planetaria, han limitado el uso de su potencia mediante mitos que enseñan reglas.

Esos mitos hablan de hermandades, de intercambio de identidades entre animales y humanos, rememoran catástrofes y monstruos. Reconocen las dificultades de la entropía. Somos la única civilización que a dos siglos de su despegue aún no considera límites, y que se niega repetidamente a poner bordes a su accionar.

El equivalente en occidente del mito es la política ¿podrá generar reglas que contengan los fuegos, reduzcan su extensión, limiten su potencial entrópico? Lo viviente, neg-entropía, es un desafío mítico para la democracia. Sólo una democracia de lo viviente podrá cuidar lo viviente. Una democracia de los límites.